

Año II, No. 3, Primavera 2013

ISSN: 2314-1204



Artículo

Recuerdos conjuradores de la incertidumbre. El golpe militar de 1943 en las memorias políticas y las autobiografías.

Andrés Bisso

Universidad Nacional de La Plata / CONICET

andresbisso@yahoo.com.ar

Un texto previo al que aquí figura fue presentado en forma oral, con el mismo título, el 21 de agosto de 2013, en las XIII Jornadas del Departamento de Historia de la Universidad Torcuato Di Tella. Su inclusión en la presente revista, de aliento bibliográfico, se fundamenta en una concepción que sostiene que los relatos memorísticos y autobiográficos son también *libros de historia*, sometidos a preguntas similares acerca del pasado, más allá de su interés por establecer estrategias dilucidatorias y dar respuestas no siempre del todo homologables con las pretendidas por la práctica *académica*. La mención de obras realizada no ha pretendido, por otra parte, privilegiar la exhaustividad acerca de la totalidad de referencias hechas sobre el golpe de 1943, sino que más bien ha dado preeminencia —en su selección— a una línea argumentativa, alimentada al calor de las lecturas recopiladas a partir de otras investigaciones hechas sobre el período.

Este texto, inspirándose en otro,¹ pretende referir al doble carácter del verbo conjurar. Por un lado, la idea de volver a hacer presente algo, de invocarlo, y por el otro lado, la de exorcizarlo. Pretenderemos mostrar cómo en los textos que hemos recorrido funcionan ambas tónicas y buscaremos mencionar la forma en que este péndulo afecta también la visión historiográfica del suceso y del período.

Muy pocos días después de producido el golpe de junio de 1943, un profesor escribía en el prólogo de un folleto² que publicaría dos meses después, que la importancia de la historia argentina podía resaltarse con cuatro fechas claves: la del 25 de mayo de 1810, la del 9 de julio de 1816, la del 3 de febrero de 1852 y, vaya urgencia, la del 4 de junio de 1943. Es cierto que la idea de considerar *histórico* un acontecimiento a poco de haber ocurrido no es nada novedosa (a pesar de lo que a veces cierto *boom* de la historiografía reciente puede hacer suponer); ya en 1938 Manuel Fresco podía justificar —“sólo” 8 años después de ocurrido el hecho conmemorado— el feriado provincial del 6 de septiembre, en vistas de su “importancia histórica (...) que aumenta a medida que pasa el tiempo, con la sanción definitiva que la Nación otorga a los episodios beneficiosos y trascendentales para su incesante engrandecimiento”.³

Lo llamativo es la seguridad y presteza de este profesor, Benítez, en considerar de tal manera épica a un suceso del que ni siquiera sus principales protagonistas se atrevían a extraer tales consecuencias, y del que un diario británico, como *The Spectator*, señalaba a una semana de ocurrido: “Londres y Washington están esperando, como corresponde, que el panorama se presente más claro”.⁴ Sin embargo, el mismo diario aseveraba que el gobierno uruguayo tomaba “una mirada esperanzada de las futuras perspectivas”.⁵ Recordemos que precisamente el gobierno de de Amézinga había surgido de la constitución del ‘42 propiciada a partir del llamado “Golpe Bueno” de Alfredo Baldomir. Una homologación de la situación era lo que podía hacerlos optimistas.

Pensemos, también, que los hermanos Francisco y Blas Lomuto recién esperarían al aniver-

1 Derrida, Jacques: “Conjurar – El marxismo”, en *Espectros de Marx*, Madrid, Trotta, 1995, pp. 63-89.

2 Benítez, Juan J., *La Revolución del 4 de junio y los partidos políticos*, s/e, La Plata, 1943.

3 *El Día*, 6 de septiembre de 1938.

4 *The Spectator*: 10 de junio de 1943. Mi traducción.

5 *Ibid.*

sario de la revolución para definirla en una marcha, nada menos que como “olímpica jornada de la historia”. Uno podría entender lo de “olímpica” en Francisco Lomuto, por haber sido el compositor musical de la *Marcha del Deporte* en 1933; lo que si puede llamar la atención (sólo a los que escinden de manera tajante el compromiso político de la frivolidad), es que Lomuto también fuera el compositor, en 1934, de un tango —no tan épico— que contiene versos que dicen así: “¡Churrasca!...¡Mi churrasquita!...Yo no encuentro otra palabra que mejor la puerta me abra para expresarte mi amor”.

De cualquier manera, aunque sin la identificación con la forma de gesta, es cierto que no sólo el gobierno uruguayo, sino también gran parte del espectro político argentino había tenido una mirada en principio esperanzada, aunque cauta, de lo que depararía el golpe de Estado. El demócrata progresista Juan José Díaz Arana llegaría incluso, veinte días después de producida la deposición de Castillo, a escribir que el Ejército había sido “el brazo armado y ejecutor de la voluntad y los designios de la Nación Argentina”.⁶

Así, y frente a la tentadora cautela, siempre se expresaba la posibilidad de poner el acento en alguna de las frases de la proclama militar para asegurarse la tranquilidad en lo correcto del apoyo otorgado a los golpistas. Sin ir más lejos, la agrupación antifascista *Acción Argentina*, que poco después de un mes sería inhibida por las propias autoridades castrenses, había redactado un “Manifiesto a la Nación”, un día después de producida la asonada, con la esperanza en el cumplimiento de lo mencionado en el “Manifiesto de la Revolución”, cuando se señalaba: “sostenemos nuestras instituciones y nuestras leyes persuadidos de que no son ellas sino los hombres, quienes han delinquido en su aplicación”.⁷

Pensemos que ese grupo antifascista, ya en 1940, por boca de uno de sus líderes juveniles, Jorge Manzano, había señalado una cosa similar al decir que “no se trata de que la democracia esté en decadencia como sistema, sino de que su fracaso corresponde a los hombres que no fueron leales y abnegados”.⁸

6 Díaz Arana, Juan José: “Ante la situación creada”, *Argentina Libre*, 24 de junio de 1943, p. 2.

7 Citado en *Mechita*: 24 de junio de 1943.

8 *La Prensa*: 13 de julio de 1940.

En esa lógica, le daba un guiño a las autoridades militares, quizás pensando que hablaban de democracia, cuando se referían a las instituciones y leyes argentinas. Un día después, el general Pedro Pablo Ramírez no dudaba en señalar, frente a cualquier ansiedad, que la revolución acababa de empezar y que los partidos políticos no podrían intervenir en la vida y la conducción del Estado hasta que no se hubieran depurado “los malos elementos”.⁹

Vemos, en efecto, que la ambigüedad distinguió los primeros pasos de la revolución de junio. Ambigüedad explotada de manera notable por Ramírez, quien al ser preguntado en una conferencia de prensa acerca de si él era demócrata señalaría: “¿Qué es la Argentina? Eso soy yo”.¹⁰ Nadie puede dudar de la picardía del general, que sabía que seguramente nadie podría —a pesar de toda la literatura sobre el ser nacional existente— precisarle qué era la Argentina, y si esta era democrática o no.

Sin embargo, con relativa rapidez, la ambigüedad fue desapareciendo y la definición del gobierno, al menos en lo que resultaba importante para sus contemporáneos, no tardó en llegar. La marginación del general Montes y la conmemoración del 6 de septiembre como feriado terminarían por desilusionar a la mayoría de los radicales. Los comunistas ya desde antes tendrían esa certeza, con la prohibición de sus actividades desde ese mismo mes. Lo mismo para los socialistas, tanto que luego, con la revolución del ‘55, Américo Ghioldi, de quien nadie puede dudar efusividad con respecto al 16 de septiembre, decía a los pocos meses de caído Perón y sobre dicho golpe, que: “dentro de algunos años sabremos auténticamente si puede comparársela a Mayo o a Caseros, o simplemente al 4 de junio de 1943 o al 6 de septiembre de 1930. Los hechos lo dirán”.¹¹ En suma, la ambigüedad del momento junio no será recordada en términos metafóricos, por algunas memorias: “No hemos visto todavía la enagua de la mujer exótica que se esconde debajo del vestido azul y blanco”.¹² A diferencia de esta mirada, esa ambigüedad sería negada en las memorias de Carlos Ibarguren, quien identifica tajantemente que la *Revolución* “proclamó como bandera, el mismo día del estallido”, los mismos anhelos nacionalistas que él habría adelantado en una carta de mayo de

9 Citado en Benítez, 1943, p. 61.

10 *Ibid.*, p. 49.

11 Ghioldi, Américo: *De la tiranía a la democracia social*, Buenos Aires, Gure, 1956, p. 110.

12 Galíndez, Bartolomé: *Apuntes de tres revoluciones*, Buenos Aires, s/e, 1956, p. 33

1943 al candidato conservador, Robustiano Patrón Costas.¹³

La certeza y desilusión final para los *demócratas*, según recuerda Halperin Donghi, la daría un hecho en principio también ambiguo, como es aquella entrevista que Ramírez daría a personalidades públicas, instándolos a que redactaran el manifiesto conocido como *Democracia efectiva y solidaridad americana* en tanto forma de presionar a los sectores *duros* del ejército; siendo luego el propio Ramírez el encargado de firmar el decreto exonerando de la universidad a aquellos que habían firmado el documento inducido.¹⁴

En todo caso, tal como recuerda Emilio Perina, todas las iniciales expresiones de apoyo al golpe que se dieron en la Plaza de Mayo luego de producido; la de los radicales, comunistas, nacionalistas, estaban dominadas por “un común denominador de incertidumbre que explica [ba una] actitud contenida y sorprendentemente pacífica: todos recelaban, todos desconfiaban. Y consecuentemente a todos les faltaba verdadera convicción en sus vaticinios”.¹⁵

Pero, aquí comienza el péndulo del que hablamos entre la certificación de la incertidumbre y su intento de resolución. Pasado el efecto de incerteza, y en su conducta de oscilación, las memorias políticas saben comenzar a buscar signos que les permitan explicar los desarrollos posteriores, y dejan de manejarse en esa ambigüedad del momento en que ocurren las cosas, en las que se espera que el futuro sea como se desea, para pasar a una certificación sobre el pasado, en las que se explica por qué las cosas debieron ser como luego fueron.

Así ocurre con respecto de la única acción violenta (aparte, del enfrentamiento militar en la Escuela de Mecánica de la Armada) que les es dable recordar para el golpe de 1943. En ese sentido, tanto el comunista Ernesto Giúdice como el radical Manuel Gondra, recordarán la quema de doce colectivos de la Corporación de Transportes (empresa mixta creada en 1942). Indicio para el primero de la impugnación clara de los que estaban allí a la penetración imperialista,¹⁶ le serviría para encontrar en el golpe, “ese ‘algo’ popular indefinido como todo lo que todavía no es, pero que va

13 Ibarguren, Carlos: *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999 [1955], p. 531.

14 Halperin Donghi, Tulio: *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 121.

15 Perina, Emilio: “4 de junio: común denominador de incertidumbres, celos y desconfianzas”, *Todo es historia*, No. 193, junio de 1983, p. 42.

16 Giúdice, Ernesto: “El surgimiento de una nueva realidad social”, en *Todo es Historia*, Nº. 193, junio de 1983, p. 49.

siendo algo distinto”.¹⁷ Para el segundo, la quema sería la muestra del “instinto popular” generalizado que veía en esos colectivos, un signo del régimen caído,¹⁸ incluso suponiendo que tal vez hubiera sido, más específicamente, “la mano de algún colectivero expropiado (...) la que alcanzó el fuego”.¹⁹

En este señalamiento podemos encontrar un primer punto recurrente de varias de las memorias que nos fue dable consultar. En algunas, la predicción de lo que significa profundamente el hecho, es más bien general, como la del luego coronel retirado del Ejército, Roque Lanús, quien recordaría lacónicamente: “desde el primer momento tuve los más alarmantes presagios sobre el destino del país”.²⁰ O del lado laudatorio al golpe, la de Benjamín Bambill, que lo consideraron como “providencial”, ya que “no pudo ser simplemente un hecho episódico, un cuartelazo intrascendente, ya que lo que reinaba antes de ese hecho era un régimen antijurídico de inmoralidad política”²¹.

Pero en otros, mayormente, sucede como en las hagiografías (aunque sin necesariamente su sentido positivo) en las que se produce una traducción de una anécdota o un hecho puntual, de manera de asignarles una característica “preanunciadora” de los tiempos que vendrían. Como dice De Certeau, “los ‘hechos’ son más bien significantes al servicio de una verdad que construye su organización, ‘edificando’ su manifestación (...) Parece como si de la historia se desprendiera la función didáctica y epifánica”.²²

Una frase en una cena, en una conversación cualquiera, del momento, se llena de sentido posteriormente para las memorias. Y a menudo, resultan particularmente convenientes para el momento en que aquellas son producidas. En las memorias del radical Manuel Goldstraj, surge esta cuestión con respecto del general Rawson. En una cena, el 7 de junio de 1943, una vez que quedara apartado de la presidencia, el general diría, en medio de un clima afable y según Goldstraj

17 *Ibid*, p. 55.

18 Gondra, Manuel Augusto A.: *Declinación del radicalismo y política del futuro*, Buenos Aires, El mirador, 1957, p. 36.

19 *Ibid*.

20 Lanús, Roque: *Al servicio del ejército*, Buenos Aires, s/e, 1946, p. 29.

21 Bambill, Benjamín: *Hacia la realización de una democracia responsable*, Buenos Aires, Kraft, 1953, pp. 31-32.

22 De Certeau, Michel: *La escritura de la historia*, México DF, Universidad Iberoamericana, 2006, p. 257.

“casi inesperadamente”, que el Ejército “estará permanentemente atento a las necesidades del pueblo y dispuesto a salir a las calles de nuevo, cuando lo exija la salud de la patria”.²³ Aunque Rawson luego tratara de suavizar sus palabras, Goldstraj recuerda la impresión que esta frase le causó y cómo tomaba otra dimensión en noviembre de 1956, poco después de un ya tercer golpe militar, según Goldstraj “como definición o anticipo de una política, no podían servir para tranquilizar el ánimo del pueblo ni el mío”.²⁴ Vemos aquí también la importancia de las temporalidades y los sentidos, ya que aquel general Rawson que desde enero de 1944, cuando renunció a la Embajada en Brasil, se convertiría en la referencia de la resistencia democrática; ya para 1956 quedaba incorporado de manera indiferenciada, al menos por Goldstraj, dentro de la mentalidad militar golpista.

Si esto es posible para Rawson, cabe imaginar cómo funciona el efecto de predictibilidad en Perón, la figura *incierto* por naturaleza del régimen militar. Inicialmente, se conjura, se invoca su antiguo anonimato, mostrando la confusión en que su nombre estaba sumido: Perina hablará de que al principio, pensaban que el coronel era Juan de Perón (no de Domingo, sino como patronímico del apellido), y Giúdice dirá que hablaban de un tal coronel “Berón”.²⁵ Todos estos guiños tienden a mostrar que acontecía algo detrás de bambalinas y que esa persona se volvería importante. Quizás una de las muestras más notables en ese sentido, sean las memorias de María Rosa Oliver, que llaman la atención porque según ellas, nada menos que Norman Armour, el embajador norteamericano, le preguntaría a ella por Perón, definiéndolo como “un político joven, dinámico con afán de hacer cosas” y ella le respondería: “es la primera vez que lo oigo nombrar”.²⁶

Pero es Mario Amadeo en su *Ayer, hoy y mañana*, quien lleva la técnica del indicio hagiográfico (en ese caso más bien demonológico) a su punto culminante, al comentar ciertos rasgos y gestos casi imperceptibles que le habrían llevado a darse cuenta que Perón no era confiable. Indicios que —a su vez— lo hacen aparecer como testigo y narrador, en un lugar de percepción superior al resto de sus contemporáneos. Amadeo, a pesar de mostrarse atraído por el plan de Perón de crear

23 Goldstraj, Manuel: *Años y errores*, Buenos Aires, Sophos, 1957, p. 303.

24 *Ibid.*

25 Perina, 1983, pp. 42-43; Giúdice, 1983, p. 46.

26 Oliver, María Rosa: *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1981, p. 181.

una fuerza política que continuara los postulados del 4 de junio, escribirá:

Una sola cosa me turbó, y así se lo dije a mi amigo a la salida (...) fue el tono áspero de su voz y la expresión torva de su mirada, cuando refiriéndose a un ministro que no era de su gusto, dijo: 'A fulano el día menos pensado lo vamos a tirar de un sexto piso'. [Luego] no tardamos en advertir que la ambición personal y la voluntad de poder ocupaban en su ánimo un lugar mucho más importante que los ideales que por un momento lo consideramos expresión y símbolo. Personalmente tuve de esa preferencia una impresión directa casi intuitiva, al término de una reunión nocturna, [cuando al ser vivado Perón por algunas personas durante dicha reunión,] se dibujó (...) en su rostro esa ancha sonrisa que tantas veces hemos visto registrada después, reflejo de la voluptuosa satisfacción que parecía embargarlo.²⁷

Las memorias resaltan, a menudo, acontecimientos que difícilmente tenían esa magnitud en el momento en que fueron vivenciados. La idea de germen está presente en ellas. Por ejemplo en Juan José Güiraldes, que en un tono profundamente antiperonista todavía en 1983 (que lo lleva a reivindicar los golpes de 1955 y 1976 “porque fueron la resistencia a la opresión”),²⁸ sin embargo concede recordar el golpe de 1943 (al que no le encuentra “demasiada justificación histórica”),²⁹ en tanto inicio del peronismo. La metáfora, nuevamente, viene en ayuda de la resignificación histórica y Güiraldes explica: “El peronismo nace el 4 de junio, es decir...¿el trigo cuando nace? El trigo nace en Octubre, pero se siembra en Julio. El peronismo también nacerá después, pero se siembra entonces”.³⁰

La magnificación de ciertos hechos logra que actores absolutamente marginales puedan reclamar cierto protagonismo, a partir de su inserción fortuita en alguno de los acontecimientos. Así se piensan las memorias de Mariano Babich, tituladas *4 de junio de 1943. La carta que apresuró la “Revolución”*,³¹ en las que mediante la sobrevaloración de una carta que el autor había entregado a un coronel, Mascaró, y que este había comentado al general Ábalos, se permite justificar las memorias de un jubilado de 74 años que se ve tentado a introducir en ellas estadísticas sobre el latifundio, reflexiones sobre su experiencia ballenera en las Islas Georgia y disquisiciones sobre la penetración de la CIA en América Latina.

27 Amadeo, Mario: *Ayer, hoy y mañana*, Buenos Aires, Gure, 1956, pp. 19-21.

28 Güiraldes, 1983, p. 64.

29 *Ibid*, p. 65.

30 *Ibid*.

31 Babich, Mariano: *4 de junio de 1943. La carta que apresuró la “Revolución”*, Buenos Aires, DIRPLE, 1997.

En todo caso, la posibilidad de esa legitimación, en vez de explicarse por ser la autobiografía de una persona que vivió una vida, sin más, nos muestra el poder que llega a tener la referencia a los detalles como propiciatorios, develadores o predictivos de una historia posterior. Esto hace de alguna manera a la historia cómplice de cierta teleología.

Poco más de un lustro después de la revolución de junio, en 1950, a varios miles de kilómetros del suceso, en Londres, el todavía no Premio Nobel de Literatura, el búlgaro Elías Canetti, escribía en sus apuntes, una furibunda imprecación contra la escritura de la historia:

La Historia lo expone todo como si no hubiera podido acontecer de otra manera. Sin embargo, hubiera podido acontecer de cientos de maneras. La Historia se pone del lado de lo ocurrido y lo separa de lo no-ocurrido mediante un contexto sólidamente imbricado. Entre todas las posibilidades se apoya en una, la que ha sobrevivido. Y así, la historia da siempre la impresión de estar a favor de lo más fuerte, es decir de lo efectivamente ocurrido: no hubiera podido no ocurrir, tenía que ocurrir (...) Los historiadores que no veneran el poder no pueden escribir una historia política coherente.³²

Inicialmente pudimos tomar una mirada algo condescendiente a estas memorias conjuradoras, situándonos *por sobre ellas*, pretendiendo demostrar sus tentaciones tautológicas, predictivas, casi adivinatorias post facto. Sin embargo, hasta qué punto la historiografía, como dice Canetti, no está constantemente tentada también a normalizar los sucesos para darles precisamente coherencia y, por eso mismo, cerca de este tipo de material que hemos analizado.

Al terminar de escribir esta presentación, pensamos que a Canetti quizás le hubiera interesado leer (de no haber muerto cuatro años antes de su publicación) el texto de Juan Carlos Torre, “¿Qué hubiera ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre?”,³³ como una posible vía (sin duda hay muchas otras más) por las que se ha intentado resolver ese malestar frente a la Historia con mayúsculas. Como ejercicio podría pensarse en un golpe frustrado del 4 de junio o en una evolución diferente de los acontecimientos. Sin embargo, esto también pudo producir desde las memorias políticas una idea de historia contrafáctica tan cerrada como la *rankeana*, como demuestra la frase de Bartolomé Galíndez, ex miembro de la Academia Nacional de la Historia, cuando aseguraba que “Perón, gobernando Rawson, no hubiese pasado más de la secretaría de Guerra, si pasaba”.³⁴

32 Canetti, Elías: *Apuntes*, Barcelona, Debolsillo, 2008, pp. 198-199.

33 Torre, Juan Carlos: “La Argentina sin el peronismo. ¿Qué hubiese ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre” (1998), en *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 189-231.

34 Galíndez, 1956, p. 33.

Por eso, sobre todo, más allá de los ejercicios intelectuales posibles, lo que deberíamos tener presente es la idea de intentar “entrar en la historia con los ojos más abiertos y sin llevar en la mochila la idea de que hay leyes que se cumplen, que hay tendencias ineluctables, que hay razones históricas, cuando lo que siempre hay son alternativas y dilemas”.³⁵ Otra frase del profesor Torre dicha hace poco, que creo que también hubiera convencido a Canetti.

A despecho de lo pensado por aquel profesor Benítez, el 4 de junio no forma parte del *top five* de las efemérides argentinas, y creemos que ni siquiera de las del peronismo. Sin embargo, sigue poniéndonos en aprietos cuando organizamos los programas de historia argentina del siglo XX; pidiéndonos que al menos lo privilegiemos como parteaguas de un período, frente a sus otros contrincantes de fuste, el 17 de Octubre y el 24 de Febrero.

35 Entrevista a Juan Carlos Torre, aparecida en el diario *La Nación* del 2 de septiembre de 2012. En: <http://www.lanacion.com.ar/1504349-juan-carlos-torre-se-insinua-una-vocacion-de-dirigir-la-economia-desde-un-tablero-centralizado> Consultado el 19 de agosto de 2013.